

testas de amor al sosiego y á la paz, Hortensia tenía un alma ardiente y ávida de emociones. Con su carácter aventurero y novelesco, no le desagradaba presenciar la terrible partida que se iba á jugar. La esperanza de volver á ver en breve al emperador, á quien profesaba verdadero culto, la halagaba. Pensaba también que aquel omnipotente protector le concedería sin duda la gracia que más ardientemente deseaba: la autorización de conservar á su lado á sus dos hijos, á pesar del proceso que acababa de perder.

III

LOS CIEN DÍAS

La reina Hortensia no estaba en el secreto del regreso de la isla de Elba; y tanto era así, que la noticia del desembarque del emperador en el golfo Juan la sorprendió no menos que á los mismos realistas, á pesar de lo cual éstos pretendieron que había conspirado y demostraron contra ella vivo resentimiento. Napoleón III, en las notas que ha dejado con el título de *Recuerdos de mi vida*, ha escrito lo siguiente acerca de este asunto: «Los realistas y los guardias de corps manifestaron gran enojo contra mi madre y sus hijos. Hízose circular la noticia de que debíamos ser asesinados. Una noche, nuestra aya vino á buscar nos, y seguidos de un criado, nos hizo atravesar el jardín de la casa de mi madre, situada en la calle de Cerutti, núm. 8, y nos llevó á una pequeña habitación del bulevar, donde habíamos de permanecer ocultos. Era la primera señal de los reveses de la fortuna. Por primera vez huíamos del hogar paterno, y sin embargo, nuestra tierna edad nos impedía comprender el alcance de los acontecimientos; aquel cambio de situación nos regocijaba.»

Hortensia, que había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint Leu con una dotación y que había sido tratada con grandes consideraciones por el emperador Alejandro, se encontraba en una situación bastante delicada, así respecto á los dos soberanos como á Napoleón. Algunos años después dijo á Mme. Recamier: «He sabido la noticia del desembarque del emperador por lo que se ha dicho públicamente, y confieso que me ha causado más sentimiento que alegría. Conocía demasiado al emperador para creer que hubiera acometido semejante empresa sin tener fundadas razones para esperar un buen resultado; pero la perspectiva de una guerra civil me afligía profundamente, y estaba persuadida de que no era posible evitarla. La rápida llegada del emperador desconcertó todas las previsiones, y al saber la partida del rey y al representármelo anciano, achacoso, obligado á salir otra vez de su patria, me sentí vivamente conmovida. Me era insoportable la idea de que en aquel momento pudiera tacharme de ingratitud y de traición, y á pesar de todos los inconvenientes que semejante paso pudiera tener para mí, le escribí para disculparme de toda participación en los sucesos que acababan de ocurrir.»

Hortensia había podido ser realista ó pasar por tal durante toda la primera Restauración; mas tan luego como se encontró en presencia de Napoleón I, su

bienhechor, despertóse todo su ardor imperialista, y en la noche del 20 de marzo de 1815 vió con entusiasmo cómo tomaba otra vez posesión del palacio de las Tullerías el vencedor en tantas batallas. Le aguardaba allí con la multitud de funcionarios que habían permanecido fieles al Imperio, en las grandes habitaciones profusamente iluminadas, y fué testigo de los aplausos frenéticos, de la alegría delirante, de los arrebatos apasionados con que se saludó su vuelta.

M. Thiers ha referido que Napoleón se mostró afectuoso con todos los presentes, excepto con Hortensia, y que al verla exclamó: «¿Vos en París? Sois la única persona á quien no hubiera querido encontrar.» El historiador cita además otras palabras severas agregadas por Napoleón. Según el relato hecho por la princesa á Mme. Recamier, y que ésta ha incluido en sus *Recuerdos*, las cosas no pasaron exactamente como las narra M. Thiers. No fué en la noche del 20 de marzo, sino al día siguiente, cuando Napoleón dirigió acerbas reconvencciones á su cuñada. Esta versión es la más probable, porque el emperador quiso sin duda evitarle una admonición pública.

He aquí lo escrito por Hortensia á Mme. Recamier: «En medio de la confusión, apenas pude acercarme al emperador; me acogió con frialdad, me dirigió muy pocas palabras y me asignó una hora para el día siguiente. El emperador me ha inspirado siempre mucho temor, y el tono con que me dió la cita no era el más á propósito para tranquilizarme. Acudí, sin embargo, afectando toda la calma que me fué posible. Me introdujeron en su gabinete, y apenas estuvimos solos se acercó á mí con vivacidad.

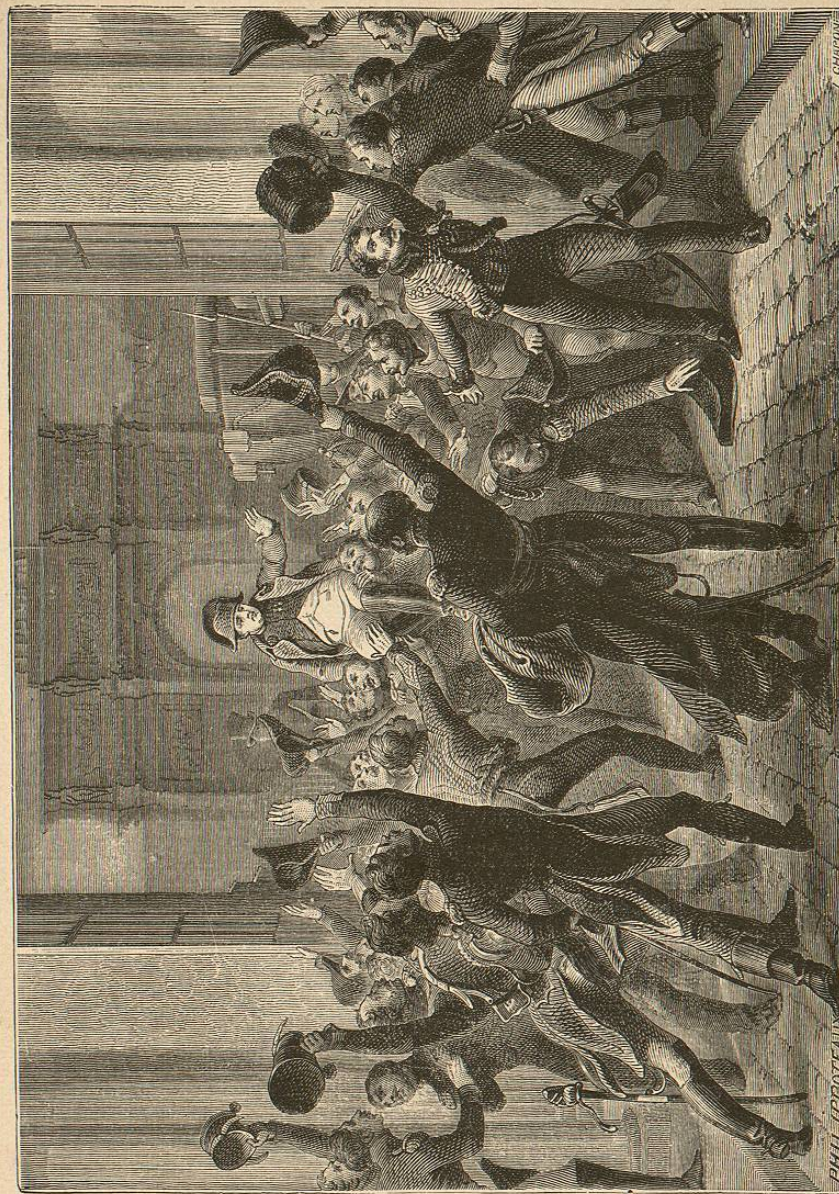
— «¿Tan poco habéis comprendido vuestra situación, me dijo bruscamente, que habéis podido renunciar á vuestro nombre, al rango que me debíais, y aceptar un título dado por los Borbones? ¿Era ese vuestro deber?

— «Mi deber, señor, le contesté reuniendo todo mi valor para responderle, consistía en pensar en el porvenir de mis hijos, puesto que la abdicación de V. M. no me permitía cumplir otro.

— «¡Vuestros hijos!, exclamó el emperador. ¿Por ventura no eran sobrinos míos antes que hijos vuestros? ¿Lo habéis olvidado? ¿Os creéis en el derecho de hacerles descender del rango que les correspondía? — Y como yo le mirase azorada, añadió con creciente enojo: — ¿No habéis leído el código?

»Confesé mi ignorancia, acordándome de las muchas veces que en otro tiempo le había parecido mal que las mujeres, y sobre todo las de su familia, alardeasen de conocimientos en materias de legislación.

»Entonces me explicó con volubilidad el artículo de la ley que prohíbe cambiar el estado de los menores y de hacer cualquier renuncia en su nombre. Mientras hablaba, se paseaba con agitación por su gabinete, cuya ventana estaba abierta á los primeros rayos de un hermoso sol de primavera. Yo le seguía, esforzándome por hacerle comprender que, como no conocía las leyes, tan sólo había pensado en el porvenir de mis hijos y dejádome aconsejar de mi corazón. El emperador se paró de repente, y volviéndose bruscamente hacia mí, me dijo:



Entrada en París de Napoleón I

— »Pues el corazón hubiera debido decirnos, señora, que cuando se ha participado de las prosperidades de una familia, es preciso saber soportar sus adversidades.

»Al oír estas palabras me eché á llorar.»

En aquel momento se oyó un bullicioso clamor. Napoleón se acercó á la ventana. La muchedumbre que llenaba el jardín de las Tullerías le aclamaba, y Hortensia enjugó su llanto.

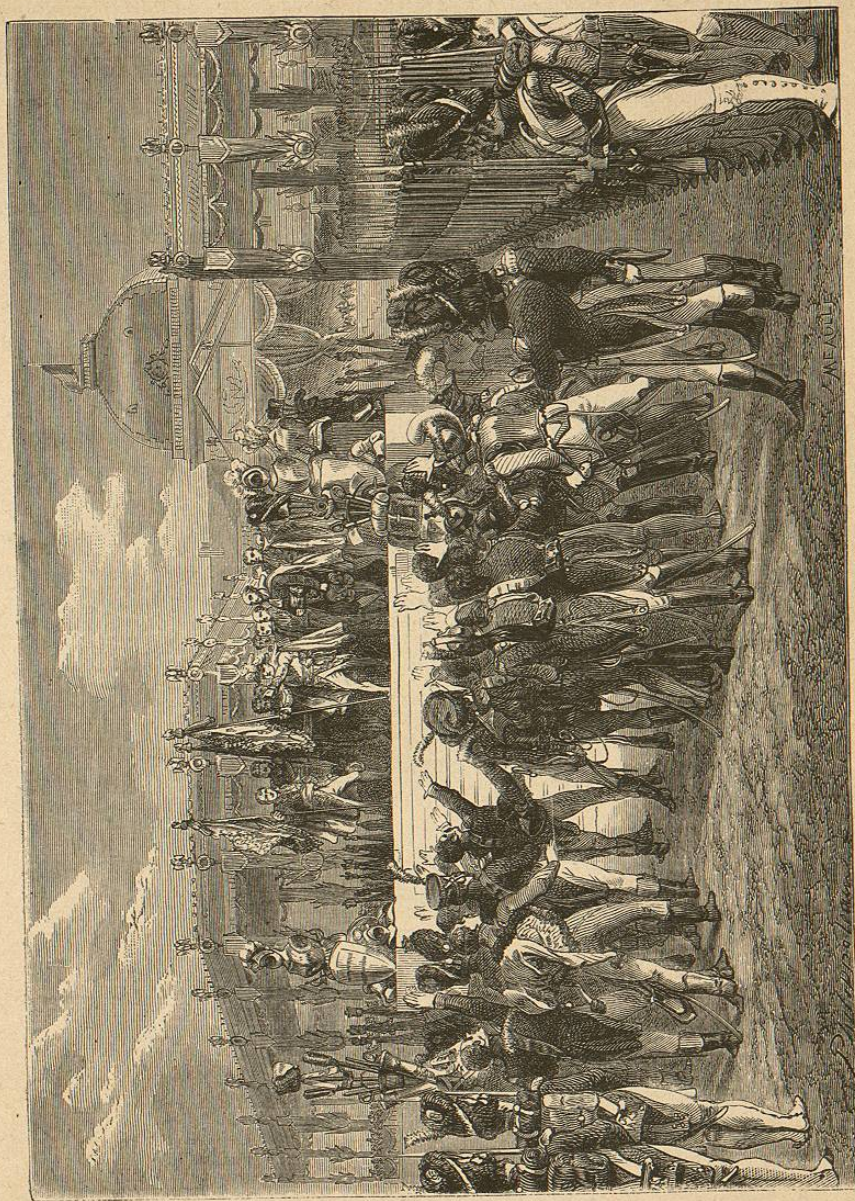
La cólera del emperador se había mitigado. «Soy un buen padre,» dijo á su hijastra, y la abrazó.

Antes de esta reconciliación con Napoleón, cuyo enojo era más fingido que real, Hortensia escribió á su hermano el príncipe Eugenio de Beauharnais: «Querido Eugenio: Un entusiasmo del que no puedes tener idea acoge al emperador en Francia. Éste me ha recibido fríamente; supongo que desaprueba mi residencia aquí. Me ha dicho que contaba contigo y que te ha escrito á Lyon. ¡Dios mío! ¡Con tal que no tengamos guerra! Confío en que no estallará por parte del emperador de Rusia, pues la desaprueba sobre manera. ¡Ah! Háblale en favor de la paz; apela á toda tu influencia sobre él; es una necesidad para la humanidad. Confío en que te veré pronto. He tenido que estar escondida doce días, porque habían hecho circular mil patrañas sobre mí. Adiós; estoy muerta de cansancio.»

Interceptada esta carta, fué enviada al Congreso de Viena, y en ella se quiso ver la prueba de la participación del príncipe Eugenio en el regreso de la isla de Elba. Pero el tsar salió en defensa del príncipe, á quien el Congreso devolvió el goce de sus dotaciones y bienes personales, asignándole por residencia el castillo de Bayreuth. Eugenio no tuvo el propósito de ir á reunirse con el emperador en París, sino que permaneció en Baviera con su suegro el rey Maximiliano, mientras Hortensia hacía los honores de las Tullerías y después del Eliseo, donde Napoleón se instaló el 20 de abril.

Una de las causas que contribuyeron á la alegría causada á la ex reina de Holanda por el regreso del emperador, fué que la autorizó á conservar á su lado á sus hijos, á pesar de la sentencia que acababa de condenarla á devolver el mayor al rey Luis. Éste se había refugiado en Roma el 24 de septiembre de 1814, habiendo alcanzado la mejor acogida del papa Pío VII. Durante los Cien días hubo un momento en que pensó en volver á Francia, pero con condiciones que su hermano no aceptó. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «A mi vuelta de la isla de Elba, Luis me escribió una larga carta desde Roma y me envió un mensajero: era su tratado, decía, sus condiciones para volver á mi lado. Le contesté que no me hallaba en modo alguno en el caso de celebrar tratados con él; pero que si venía, como era mi hermano, sería bien recibido.

»Parecerá imposible que una de sus condiciones fuese la de que sería dueño de divorciarse de Hortensia. Yo recibí muy mal al negociador por haber osado encargarse de semejante absurdo y creer que podría negociarse sobre un asunto



Fiesta de las banderas en el Campo de Mayo

como aquél. Nuestros estatutos de familia lo prohibían terminantemente, y así se lo hice recordar á Luis; también le envié á decir que la moral, la opinión y la política se oponían asimismo á ello, asegurándole además que por todas estas consideraciones, si sus hijos llegaban á perder su estado por culpa suya, me interesaría por ellos más que por él mismo, por más que fuera mi hermano.»

Durante los Cien días, la reina Hortensia, que había recobrado su antiguo favor con Napoleón, ejerció una influencia positiva. Por su mediación, la duquesa viuda de Orleans, madre de Luis Felipe, y la duquesa de Borbón, tía de este príncipe y madre del duque de Enghien, obtuvieron la autorización de residir en Francia y recibieron una pensión del emperador. Napoleón trataba á Hortensia como un padre cariñoso trata á su hija, y la protegía, así como á sus hijos. La presencia de los dos príncipes le consolaba un poco de la ausencia del rey de Roma.

La reina, acompañada de sus dos hijos, asistió el 1.º de junio de 1815 á la solemnidad del Campo de Mayo, en la que Napoleón y su corte aparecieron por última vez en todo el esplendor de las pompas imperiales y en que el soberano, á quien iba á abandonar la fortuna, de pie en la primera grada de un tablado piramidal, exclamó: «Soldados de la guardia nacional del Imperio, soldados de los ejércitos de tierra y mar, os confío el águila imperial de los colores nacionales. Jurad defenderla á costa de vuestra sangre contra los enemigos de la patria. Jurad morir antes que tolerar que los extranjeros vengán á dictar leyes á la patria.»

En la noche del 11 de junio, Hortensia llevó á sus hijos al Elíseo para que se despidieran de su tío que iba á partir para la fatal campaña cuyo resultado debía ser Waterloo. La reina estaba todavía allí á las tres y media de la madrugada, cuando Napoleón salió del Elíseo y dijo á la esposa del general Bertrand: «Es de esperar, señora, que en breve no tendremos que echar de menos la isla de Elba.» A los nueve días, el 21 de junio, Napoleón volvía vencido al Elíseo, donde encontró á la reina Hortensia, la cual asistía al día siguiente á la agonía del Imperio, al drama de la segunda abdicación.

«Por la tarde, ha escrito Mlle. Cochelet, la reina Hortensia fué al Elíseo; yo tuve el honor de acompañarla y permanecí en el salón de servicio, mientras S. M. estaba en la cámara del emperador. Al poco rato la vi paseando por los jardines con la emperatriz madre, mientras el emperador hablaba, algunos pasos más allá, con su hermano Luciano. De pronto oímos gritos de «¡viva el emperador!» que nos hicieron asomarnos á las ventanas. La muchedumbre, exasperada por la abdicación, rodeaba el palacio y los jardines, pidiendo á gritos ver al emperador, y cuando le vieron paseándose, muchos hombres escalaron la cerca para precipitarse hacia él; se echaron á sus pies, y con ese acento penetrante que sale del alma, le suplicaron que no los abandonara, que renunciara á aquel proyecto de abdicación que les desesperaba y que se pusiera á su cabeza para rechazar al enemigo.» Toda aquella abnegación era estéril: Napoleón, postrado por la fatalidad, no podía ya hacer nada.



Efecto que produce la presencia de Napoleón I en la muchedumbre reunida en la avenida de Marigny

Hortensia volvió á su morada, con el corazón destrozado. En el carruaje dijo á Mlle. Cochelet:

— El emperador me ha preguntado si me pertenecía la Malmaison, y yo le he dicho que era de mi hermano, pero que venía á ser lo mismo. Entonces me ha contestado que deseaba ir allí y me rogaba que le acompañara.

— ¿Y habéis consentido, señora?

— Sí, me complace mucho poderle demostrar mi agradecimiento por todo cuanto ha hecho por mí.

— Pero reflexionad en el peligro que ofrecen las circunstancias en que nos encontramos, y lo corréis en verdad identificándoos de ese modo con la suerte del emperador.

— Razón de más para que yo no vacile en asociarme á ella. Lo considero un deber, y cuantos más riesgos corra el emperador, más contenta estoy de poder atestiguarle toda mi adhesión.

Después de dejar á sus hijos en lugar seguro, en casa de Mme. Tessier, que vivía en el bulevar Montmartre, Hortensia fué á la Malmaison para recibir al emperador, el cual llegó el domingo 25 de junio á la una de la tarde, y permaneció hasta el 29 á las cinco de la tarde. Su residencia allí, primera estación de su calvario, fué para el vencido de Waterloo un verdadero suplicio. Luis XVIII no había estado más indeciso, ni más turbado, ni más abatido. Hortensia presencié todas las angustias del hombre del destino que expiaba con torturas morales sus prolongados triunfos. La emperatriz madre fué la última persona de la familia imperial que se despidió de Napoleón. Su separación fué una escena antigua, digna de Plutarco. En el momento de la partida cambiaron estas simples palabras: «¡Adios, hijo mío! — ¡Adios, madre!» En el mismo momento Hortensia suplicó al emperador que aceptara un collar de brillantes, que quizás sería el último recurso del hombre que había distribuído tantos tesoros. Napoleón se negó á admitirlo; mas como Hortensia insistiera llorando, el emperador acabó por dejar que lo metiera en un bolsillo del levitón. Talma, vestido de uniforme de guardia nacional, presenciaba la despedida del héroe y de su familia: en las obras que este gran trágico representaba, jamás había visto escena más patética. Durante el reinado de Napoleón III se colocó en el patio de la Malmaison un águila de bronce sobre un pedestal con una inscripción conmemorativa en el mismo sitio en que Napoleón subió al carruaje y se alejó para no volver.

Luis Napoleón no tenía más que siete años cuando se desarrolló á su vista el drama de los Cien días. Pero los espectáculos que presencié durante este breve y trágico período debían dejar en su juvenil imaginación una impresión indeleble. Había visto los postreros fulgores del sol imperial, sol en su ocaso, pero magnífico todavía. Había recibido las caricias de su tío, y visto la alegría y después las lágrimas de su madre. Asociado á las pompas deslumbradoras de la solemnidad del Campo de Mayo, refugiado luego en casa de una tendera, se había acostumbrado ya á las vicisitudes de la suerte.

La gran figura de Napoleón debía quedar grabada eternamente en la imaginación de aquel niño proscrito y desgraciado, cuya existencia estaba destinada á conocer los extremos de la buena y de la adversa fortuna. Iba á comenzar un destierro que no debía terminar hasta treinta y tres años después, destierro interrumpido solamente por seis años de cautividad.